



¡EL BAILE!




En poca acá cuenta la comunidad filipina con un sapiente más. Nacido en una colonia hispana hermana de la nuestra, aunque por ventura mejor favorecida de las circunstancias, tiene muchos puntos de contacto con la psicología oriental y en el poquísimo tiempo que lleva en Manila viene dando manifiestas pruebas de haber de compenetrarse muy a la corta con nuestra manera de ser. Sus catorce años de residencia en los Estados Unidos le han proporcionado coyunturas para recoger observaciones con la escrupulosidad del hombre de gabinete y practicar experiencias con la incansable pertinacia de un espíritu inquisidor, que tan bien dice con su condición de Biólogo, como con el carácter del sacerdote interesado en el perfeccionamiento del individuo y en el de la sociedad.

Todos los leyentes habrán comprendido que nos referimos al P. Caballero, miembro insigne de la Compañía de Jesús. Hace algunos días le pusieron en el trance de dirigir la palabra a una respetable corporación de caballeros, y como en los momentos precedentes a su subida a la tribuna se hubiese suscitado entre los junteros un tema vidrioso de discusión, siendo, como es de suponer, muy encontrados los pareceres y resultando casi equilibrados los bandos disertantes, juzgó muy del caso el P. Jesuita echar su caurto a espadas en asunto de tanto interés social, y ni corto ni perezoso hizolo como lo pensó.

Con un preludeo "jesuítico" (en el más legítimo y simpático sentido del calificativo), donde quedaba muy al descubierto el talento del hablista y la flexibilidad ideológica del orador, que comenzando por atraerse la atención de los oyentes con cualquiera de los fruslerías cotidianas o tal o cual bagatela personal, consiguió llevar insensiblemente el agua a su propio molino, tomó al cabo de tres minutos por punto de apouo los rasguños de polémica recogidos en aquel mismo salón y entró en materia con la calculada naturalidad del artista, el cual como haya templado los instrumentos haciéndoles anuntar ya uno ya otro de los "leitmotiv" de la composición, los hace deslizar suavemente en el introito de la obra musical.

El tema impuesto al conferenciante por el desarrollo de los acontecimientos puede cifrarse en estas tres palabras: "Licitud del baile". Todos nos habíamos inclinado en el debate de corrillo por la afirmativa o la negativa, según las convicciones y medio ambiente de cada cual, sin que se registrara entre los presentes una sola abstención, y de ahí puede calcularse la curiosidad de aquel auditorio (compuesto en su mayoría de hombres de carrera), por conocer la opinión del P. Caballero, el cual se mantendría, en sentir de muchos, dentro del círculo de hierro de la rigidez distintiva del Jesuita, o transigiría, al decir de los más, con las imposiciones sociales, porque no en balde había residido casi tres lustros en nuestra Metrópoli actual.

Hubo para todos los gustos en el curso de la oración. Comenzó por recordar la determinación tomada hace yá bastante años por los Diocesanos y Sacerdotes Católicos de los Estados Unidos atañente al baile, el cual se había hecho número obligado de los programas de todos los clubs y siendo la casi totalidad de ellos protestantes o judíos, los compromisos de parentesco o amistad y hasta la necesidad de escoger compañera para la carrera de la vida les ponían a los jóvenes pertenecientes a nuestra religión en el caso de frecuentarlos, de donde provino un acervo de matrimonios mixtos, origen de los hogares indiferentes, cuando no de cosa peor.

Para atajar el mal, establecióronse bailes al amparo de las casas parroquiales. los cuales se anunciaban previamente desde el púlpito y el predicador se permitía el lujo de rogar encarecidamente a todos la puntual asistencia, a fin de dar al acto mayor animación. Como es de creer, la juventud se bañaba en agua de rosas y bendecía los beneficios del progreso, yá que en tiempos pretéritos era estrecho y tortuoso el camino del cielo, y hoy se había conseguido hacer de la penosa ruta ameno "boulevard", por donde el que no se salvaba era un tonto y bien ganadas se tenía las penas infernales por la interminable duración de la eternidad.

Hasta aquí, los partidarios del baile aprobaban con aparatosas inclinaciones de cabeza las conclusiones del orador, y los de la otra banda se dirigían furtivas miradas de desaliento, convencidos de habérselas con

un P. Jesuita de manga ancha, resultado sin duda alguna de su larga permanencia en los Estados Unidos, donde los espíritus más férricos adquieren la elasticidad del acero y acaban por otorgar a procederes de dudosa moralidad billete de libre circulación. Entretanto continuaba el conferencista charlando en español con amenidad y fluidez incomprensibles en quien durante catorce años consecutivos se ha servido exclusivamente del inglés.

Pero no a humo de pajas aseguró alguien ser muy sujeto a quiebras eso de querer trazar de antemano la posible trayectoria de un Jesuita, y en la paleta del P. Caballero se divisaban demasiadas tintas para poder predecir con seguridad de acierto cuál habría de ser el resultado de la mezcla definitiva, y el Hijo de Loyola manejaba con manifiesta desenvoltura el pincel para no haber de trasladar al lienzo sus concepciones con el desenfado del científico de profesión.

Y cuando el exquisito hablista hubo terminado el relato de las experiencias practicadas en la Gran República Norteamericana, pasó a referir los corolarios del ensayo social, de los cuales debía depender el enunciado de la conclusión, motivo por el que llegó al punto cimero de tensión la ansiedad del auditorio, pudiéndose percibir en aquel instante el aleteo de un mosquito en el profundo silencio del salón. El ilustre Ignaciano parecía no darse cuenta de la tirantez psíquica de los junteros, a juzgar por la naturalidad del lenguaje y por sus toques de humorismo original.

Después de algún tiempo de empirismo coreográfico decidieron los pastores de almas estadounidenses hacer un balance general para saber a ciencia cierta a qué carta quedarse acerca de la congruencia de las danzas parroquiales y, quién más, quién menos, llevó a la asamblea previamente anunciada buen bagaje de datos, fruto de despierta observación, los cuales catalogados conforme a escrupulosa clasificación constituirían la base donde descansara el programa terpsicóreo redactado a mayoría de votación para el porvenir.

Pero ni aun hubo necesidad de acudir al testimonio de las balotas para conocer el voto de los más, pues desde el primer cambio de impresiones fué evidente la unanimidad de pareceres, reprobando todos los asambleístas, sin andarse en repulgos de empanada, el baile (así, sin remoquete de ningún género) y quedando desde aquel momento descartada definitivamente de las actividades sociales dependientes del Párroco una

tan peligrosa diversión. Aquí pudo observar el menos lince de la concurrencia un cambio de decoración facial. Los que antes cabeceaban en señal de aprobación se mostraban carriacontecidos. Los otros sonreían al tropezar yá con el Jesuita cortado al talle de su patrón.

Llegado a este punto de la conferencia, el P. Caballero se limitó a agavillar las deducciones de la experimentación verificada por los Obispos y Sacerdotes Católicos de la Metrópoli, en su deseo de promover dentro de los linderos de la Moral los entretenimientos preferidos de la juventud, lo cual habría de contribuir a disminuir los riesgos que corre la gente moza al asistir a clubs sostenidos y gobernados por elemento perteneciente a otras sectas religiosas, donde la compañía y el trato de los disidentes pudiera conducirles a la corta o a la larga, si no a la apostasía, por lo menos a la indiferencia en materias de religión.

Según el conferenciante, los Prelados del Canadá han prohibido la celebración de bailes al amparo de los Ministros del Altar, y aun cuando los de los Estados Unidos no hayan tomado una determinación igual en común, cada uno de ellos ha tenido buen cuidado de aprovechar cuantas coyunturas se le presentaron para expresarse en los mismos términos que los mitrados canadienses, descargando unos y otros sus sendas conciencias de la responsabilidad consiguiente a la autorización de los bailes, donde sucumbe habitualmente la inocencia de la niñez y se encallece la vergüenza del hombre y el pudor de la mujer.

Sinteticemos. El baile es una cosa indiferente en sí, de donde a nadie se le veda dar saltitos como ejercicio conveniente al desarrollo muscular.

El baile tal cual se ejecuta ordinariamente en sociedad es un divertimento peligroso, porque provoca el despertar de las pasiones, cuyas exigencias ponen en jaque la más cimentada virtud.

Todo Católico que contribuye más o menos activamente a la celebración de bailes se hace responsable delante de Dios de las caídas originadas por aquellas horas de arriesgado placer.

Si los Obispos del Canadá, región vecina a las tierras polares, han determinado prohibir los bailes en aquel país, no acertamos a comprender que hayan de ser menos dañinos en un Archipiélago como el nuestro no muy distanciado de la línea ecuatorial.

Siempre será una verdad el dicho de Selgas, y Selgas conocía de cerca los estragos de

los bailes de salón: "Un novelista francés dijo al entregar a su hija a quien se la había pedido por esposa:—Os lleváis un verdadero tesoro; es joven, es bella, es rica y no ha leído ninguna de mis novelas.—Dichoso mortal, si la hija del novelista hubiera podido añadir: Ni he valsado jamás".

Al descender el P. Caballero de la tribuna, corrió peligro de venirse abajo el salón,

pues los de uno y otro bando aplaudían con igual entusiasmo al orador. De labios de uno de los partidarios de la coreografía pude recoger este comentario literal: "¡Demonio! pues el voto de este Jesuita que se ha pasado catorce años en Estados Unidos, el pueblo clásico de la libertad, no es cosa de desperdiciar"

J. WELMAN.

El Santo Rosario



S el Rosario en el mundo
La oración más popular,
Que el pueblo sabe entonar
Con fe y respeto profundo.

¡Feliz mi Patria que entona
El Rosario a la mañana
Y entreteje de oro y grana
A la Virgen su corona!

Y antes del sueño tranquilo
En su rústica morada
La familia congregada
Busca en la Virgen asilo.

¡Dichoso el pueblo que reza
El Rosario de María
Y en sus pesares confía
En su Bondad y Grandeza!

Es la oración del Rosario
Perfume de suave olor;
Las brasas son el amor
Y el pecho es el incensario.

Es como blanca paloma,
O cual rosa delicada
En la pradera plantada
O al pie de florida loma.

Cadena de olientes flores,
Desprendida de los cielos,
Que infunde santos anhelos,
E inflama en castos amores.

Es la herencia más preciada
Que España aquí nos dejó:

No la perderemos, no,
Que en el pecho está engastada.

¡Qué grandioso es escuchar
Que en risueña primavera
Canta el mar en su ribera
Y el Ave empieza a trinar!

¡Qué alegre canta el pastor
Tras el nocturno descanso
Junto al límpido remanso
Las baladas de su amor!

También canta el desterrado
En cárcel dura y sombría,
Soñando que llegó el día
De ver su pueblo adorado.

El cristiano es solitario,
Que aspira a un mundo mejor,
Y que temple su dolor
Con la oración del Rosario.

Mientras rece Filipinas
El Rosario de María,
Fuente de Paz y Alegría
Serán sus manos divinas.

Que lo rece el tierno niño
En los brazos del anciano;
Y el huerfanito que en vano
Buscó en el mundo cariño.

Que lo rece en su bajel
En dulce calma el marino;
O cuando perdió el camino
Del oleaje al tropel.

Y ante el cuerpo frío y yerto
Que horror inspira su faz,

El Rosario es santa paz
Y descanso para el muerto.

El Rosario es la canción
Del cristiano fervoroso,
Que antes de darse al reposo,
Eleva a Dios su oración.

El Rosario es el escudo
Que a las familias defiende;
Las raudas alas que tiende
El fiel tras combate rudo.

Es dulce vuelo el Rosario
Por la gruta de Belén,
Egipto y Jerusalén,
Getsemaní y el Calvario.

Es ver en rápido vuelo
El Angel que habla a María,
A Jesús en la Agonía
Y en su Ascensión hasta el cielo.

Es ver la inmortal corona
Que irradia en la frente pura
De la más linda criatura
Que el Angel de Dios pregona;

Y en sus maternales brazos
Descansar el fiel creyente,
Hasta que logre sonriente
Romper del mundo los lazos;

Y colmado de alegría
De Amor de Fe y de Esperanza,
Entrar en la Bienandanza,
Cantando el AVE MARIA.

P. DE ISLA.

